

El Liberalismo

(Dedicado a los miembros
de la Convención Liberal)

Octubre de 1939.

IMP. EL IMPARCIAL
San Diego 75—Santiago
1939

El Liberalismo

(Dedicado a los miembros
de la Convención Liberal)

Octubre de 1939.

EL LIBERALISMO

I

A partir de la guerra de 1914-1918 se desató una verdadera tempestad de críticas y denuestos contra las doctrinas liberales que habían imperado en el mundo durante los años que se han designado con el nombre de Epoca Victoriana. Quizás fué de los elementos políticos de donde vino principalmente la crítica, ayudada por ciertas doctrinas económico-sociales que tenían su origen en altas esferas del Vaticano. Las antiguas prédicas marxistas no habían conseguido en sesenta años un éxito tan violento y rotundo como el que logró en un breve período de tiempo.

En estos contagios mentales es difícil averiguar la causa precisa que permitió su desarrollo. A nuestro juicio tuvo influencia determinante la gran intervención de los gobiernos en la economía, que imperó durante la guerra. Se acostumbraron los gobernantes a inmiscuirse en las actividades privadas, se creó una burocracia que deseaba perpetuarse en sus funciones, y los políticos encontraron un medio fácil de satisfacer los apetitos de su clientela electoral mediante el mantenimiento y la creación constante de una serie de organismos dotados de inencontrable personal. Para hacer esta acción más expedita, hubo, naturalmente, que desenvolver una nueva teoría política que ofreciera fundamentos decentes a la explotación de los países por la nueva y ávida bu-

rocracia, y había también que desacreditar aquéllas que no se avenían con los principios de intervención estatal, tan favorables al éxito electoral de los políticos. En el fondo, fueron las teorías socialistas, más o menos desarrolladas, las que fueron imperando, sea que se las designe con su propio nombre, sea que se las disimule con una fraseología que oculte a los espíritus tímidos una realidad que pudiera alarmarlos.

Pero esas críticas no ofrecen mayor interés, pues los cargos con que se ha querido agobiar al liberalismo son inconsistentes, simples declamaciones con que se disfrazaban procedimientos de táctica electoral y apetitos inconfesables. Además, los hechos se han encargado con sorprendente rapidez de desvirtuarlas, pues, aunque no se lo quiera reconocer, cualquier espíritu estudioso o aficionado a observar los acontecimientos, no puede dejar de constatar el malestar profundo que aqueja al mundo desde que abandonó los viejos principios para lanzarse en la nueva vía. Naturalmente, los políticos, acostumbrados a manejar a las masas con la mentira, han pretendido culpar al liberalismo de los males que el abandono del liberalismo ha producido. Pero ello no puede influenciar a los que son capaces de apreciar con criterio sano los fenómenos sociales y económicos.

Y tanto es así, que en los momentos actuales se ve renacer en los medios intelectuales de las naciones que marchan a la cabeza de la civilización, una entusiasta justificación del liberalismo, y una decisión de lucha para obtener que sus principios vuelvan a dominar, como el remedio para curar el estado caótico en que se encuentra el mundo. Walter Lipmann, en la "Cité Libre", Luis Rougier en "Les Mistiques Economiques", el profesor vienés Ludwig von Mises, en su libro sobre el

socialismo, como muchos otros, han despertado tal interés con sus estudios, que en París se ha organizado la llamada Casa Lipmann para continuarlos y popularizarlos. Y hasta en algunos políticos europeos, de aquellos escasos en que el sentido moral y el patriotismo no han sido deformados por la corrupción democrática, aparecen tendencias de retorno hacia un pasado mejor.

Pero este renacimiento de la idea liberal no debe hacernos olvidar que algo ha habido en el liberalismo que permitió su caída violenta, y que ese algo debe ser analizado en sus menores detalles para aplicarle la debida corrección en el futuro. Y creemos encontrarlo en el único cargo serio, por ser efectivo, que se ha formulado en su contra: expresa Oliveira Salazar que el liberalismo no sólo no ha sido capaz de aportar al mundo mayores libertades, sino, por el contrario, que le hizo perder muchas de las de que antes gozaba. El por qué de un resultado tan contrario a las ideas básicas del liberalismo merece el más severo análisis.

II

Nada menos absoluto que el poder de las antiguas monarquías que se ha querido suponer ilimitado, al punto de que la caída de una de ellas se ha considerado como el punto de partida de las libertades humanas: estaba limitado por una serie de costumbres y de trabas, distintas unas de otras tanto en su forma como por la diversidad de regiones constituyentes de una nación. No había provincia que no tuviese sus costumbres particulares, ciudad sin una carta que asegurase sus libertades, corporación sin privilegios o inmunidades. Para darse cuenta de ello basta recordar la imposibilidad en que se encontró Felipe II para obtener el castigo de un empleado infiel y traidor como Antonio Pérez, o rememorar el tratado que aceptó Luis XIV en la primera conquista del Franco Condado, cuyo primer artículo establece que "todo quedará como se encuentra, en cuanto a privilegios, franquicias o inmunidades", y que termina como sigue: "S. M. promete y jura por los Santos Evangelios que Ella y sus augustos sucesores conservarán y mantendrán, bien y lealmente, todos y cualesquiera, sus privilegios, franquicias y libertades, antiguas posesiones, usos, costumbres y ordenanzas, y, en general, se someterá a todo lo que un Conde Palatino de Borgoña está obligado a ejecutar". Y piénsese que estos dos reyes son considerados como exponentes del absolutismo. Compárese su poder con el del Estado moderno, y, seguramente, nadie de los que en esos tiem-

pos habitaran España o Francia podría suponer a qué límites ha llegado actualmente la acción estatal.

“La Autoridad nos aparece hoy, dice Pierre Gaxotte, en su obra magnífica y tan poco conocida en Chile sobre la Revolución Francesa, bajo el aspecto de un funcionario sentado en cómoda oficina e investido de los poderes más omnímodos, entre los cuales se cuenta el de convertirnos en militares y enviarnos a recibir pedradas en los motines o proyectiles en los campos de batalla. Este personaje es eterno, inmutable, idéntico a sí mismo de un extremo a otro del territorio. En la planicie o en la montaña, en la Isla de Francia o en la Lorena, aplica los mismos reglamentos y percibe los mismos impuestos. Es todopoderoso, porque su especie es numerosa, porque en definitiva todos tienen que recurrir a él, porque sus decretos están apoyados por una policía activa, una magistratura dócil y un ejército poderoso. Lleva el censo, identifica a cada individuo y lo cerca con estrecho espionaje. Conoce nuestras rentas, hace el inventario de nuestras herencias, sabe si somos poseedores de un piano, de un perro o de una bicicleta. Fabrica nuestros fósforos y nos vende nuestros cigarros. Es industrial, armador, comerciante y médico. Es dueño de bosques, ferrocarriles, hospitales y teléfonos. Acapara la caridad. Nos hace comparecer ante él, nos mide, examina el funcionamiento de nuestro corazón, de nuestros pulmones y de nuestro bazo. No podemos hacer un gesto ni dar un paso sin que tenga de él conocimiento y sin que encuentre pretexto para intervenir. Un millón de franceses, por lo menos, está a su servicio, y dos o tres son sus pensionados, o aspiran a serlo. Todo el mundo regaña pero se somete, y aún ampara al funcionario cuando alguien llega a atacarlo”.

“Este concepto del gobierno burocrático, napoleoni-
zado, casi socializado, servido por un ejército de fun-
cionarios, que promulga para una nación de “adminis-
trados” una legislación única, es tal vez lo más en
contradicción con el antiguo régimen. Los más grandes
reformadores, los más amantes de la unidad, Colbert,
Machault, Maupeou o Lamoignon, no habrían podido
imaginar semejante uniformidad, y... semejante doci-
lidad”.

Nótese que este cuadro, todavía incompleto, sin con-
troles de cambios, comisariatos de subsistencias y pro-
cedimientos judiciales dignos de Iván el Terrible, es
el de una nación que se precia de conservar aún las
libertades que denominan democráticas. Los grandes
principios, los eternos principios, de libertad, igualdad,
seguridad y propiedad, contenidos en las solemnes De-
claraciones de los Derechos del Hombre de la Revolu-
ción Francesa, en obsequio o con pretexto de los cua-
les se derramó tanta sangre y fueron asesinadas tan-
tas personas, van cayendo en el olvido, aplastados por
una autoridad cada vez más absorbente, que nos estre-
cha y nos despoja, aniquila el esfuerzo de los indivi-
duos y ahoga sus libertades. Para qué hablar de otras
en las cuales la teoría es el sometimiento absoluto del
individuo ante el Estado, o de las de carácter sovié-
tico, en que ni siquiera tiene derecho a la vida aquél
en quien se pueda sospechar un sentimiento en des-
acuerdo con el régimen imperante!

Tal es el estado del mundo a los veinte años del
abandono de los principios liberales, que el liberalismo
no supo defender. Ése es el cargo que puede y debe
formularse en su contra.

III

Como lo hizo notar Emile Faguet, en su libro "El Liberalismo", esta incapacidad tiene su origen en la confusión que la Declaración de los Derechos del Hombre, código del liberalismo, hizo entre los derechos del hombre como individuo y los derechos del pueblo como colectividad. Los derechos que proclamó como Derechos del Hombre son la libertad, la igualdad, la seguridad, la propiedad; el Derecho de un pueblo libre consiste en gobernarse por sí mismo, sea directamente, sea por medio de sus representantes. Pero los derechos del individuo y los del pueblo pueden no armonizarse, entrar en lucha. Si el Derecho del pueblo consiste en la soberanía, como precisamente lo establecieron los redactores de la Declaración, el pueblo tiene derecho, dentro del concepto de su soberanía, a suprimir todos los derechos del individuo. Allí está el conflicto. Poner ambos derechos en una misma declaración es mezclar el agua con el fuego y pedirles en seguida que procuren entenderse entre ellos. Había que escoger, y si se pretendía ser demócratas, con Rousseau en la mano, redactar una declaración de los Derechos del Pueblo que podría ser brevísima: "El Pueblo es soberano; por sí mismo o por sus representantes puede todo lo que quiere". Si se deseaba ser liberal, habría, con Montesquieu, que redactarla en otros términos: "El hombre, por el hecho mismo de su existencia, tiene derechos inalienables, imprescriptibles, sagrados. Estos derechos, ningún gobier-

no, ni monárquico, ni aristocrático, ni democrático, tanto el gobierno de todos por todos como el gobierno de todos por uno o por varios individuos, tienen el derecho de tocarlos. Por consiguiente, nada de soberanía. Sólo puede existir un gobierno que obre dentro de su esfera, limitada precisamente por esos derechos intangibles.

Esa misma confusión de los hombres del 89 ha existido y sigue subsistiendo entre los liberales, y de ella viene su incapacidad para defender los derechos y libertades de los individuos.

IV

En razón de este vicio de origen, por fuerza del hábito, por la costumbre de oír mezclar la idea de democracia con la de libertad, el liberalismo llegó a confundir dos cosas tan distintas como integrantes de su credo. Por eso sentó como principio indiscutible que sólo una forma de gobierno, la democrática, era compatible con las libertades, y en obsequio a ese equívoco se hizo enemigo de cualquiera otra. El liberalismo político se hizo revolucionario, y su nombre va unido a todas las revueltas de la primera mitad del siglo pasado. En seguida se dejó arrastrar y supeditar por los partidos verdaderamente democráticos, es decir, enemigos de la libertad, con lo cual comenzó su decadencia.

Bajo el punto de vista político, como consecuencia, resultó un fracaso. Su obra grandiosa de dignificación y elevación moral y material del individuo fué obscurecida por su acción demoleadora de todo un pasado tradicional que constituía el alma de los pueblos, y no logró incorporarse en las costumbres, pues el ambiente de lucha mantuvo su predominio, y siguió extendiéndose en constante crescendo. Si se recuerda su influencia para derribar primero a la Restauración Borbónica, que con admirable buen sentido, y adaptándose a las modificaciones ideológicas de la época, fué curando a Francia de las dolencias de la Revolución y de las guerras napoleónicas, manteniendo la paz, restaurando la riqueza pública, ordenando las finanzas y restable-

ciendo el prestigio de la nación francesa, y luego a la burguesa monarquía de Luis Felipe, causa admiración cómo con palabras vanas y levantando montañas con insignificantes granos de arena, hubiera logrado desquiciar a la nación más fundamentalmente conservadora. Cuando no tuvo otra cosa que decir inventó la famosa frase "la France s'ennui", se aburre de la paz, del bienestar, de la dulzura de la vida. En seguida, y sin ser capaz de ofrecer resistencia, dejó al radicalismo sectario y violento, iniciar una nueva etapa de luchas políticas, hasta que éste, a su vez, fué reemplazado por otros que pretenden destruir las formas naturales de la vida social y económica, desatando la más cruel de las guerras intestinas, en obsequio a concepciones cerebrales incapaces de llevar al mundo a tiempos mejores, pero impuestas con violencias y crueldades no imaginadas.

En cambio, y apesar de los desórdenes de carácter político el liberalismo económico ofreció a la humanidad una era de bienestar y de progreso que las generaciones últimas no logran apreciar. Durante su reinado se triplicó la población, y apesar de coincidir con el desarrollo del maquinismo, la demanda de trabajo dió empleo y ocupación a todos, el mundo se convirtió en una unidad económica, el hombre medio logró una vida superior a la de los señores de antaño y las condiciones de la masa se elevaron considerablemente. El avance de la civilización en sentido material supera a todo lo obtenido en los miles de años anteriores. En cuanto al progreso moral, preciso es decir que el hombre moderno sigue al primitivo, con sus pasiones, sus envidias, sin que el incorporarse a un estado con mayores libertades y de un orden jurídico igualitario, haya logrado cambiarlo,

Pues bien, esa libertad económica que permitió tan admirable progreso, obra y credo del liberalismo, es la que más ha sido abandonada, sin que se divise el esfuerzo de éste por mantenerla. Hoy día no se habla de otra cosa que de economía dirigida, de intervenciones de todo orden, de ataques a toda forma de riqueza. “Estas nuevas economías, dice Walter Lipmann, han engendrado un despotismo sin precedentes. Los hombres que vivieron en los tiempos de las economías agrícolas pudieron estar sometidos a gobiernos despóticos, pero por lo menos su tierra y su ganado los ponían al abrigo de la peor de las tiranías, la del hambre; los obreros que trabajaban en las usinas capitalistas a principios del siglo XIX pudieron sufrir por los bajos salarios y las excesivas horas de trabajo, pero gracias a la libertad lograron poco a poco mejorar sus condiciones. Pero desde que el poder político y el poder económico se identifican en una sola mano, el individuo se encuentra sin recurso alguno contra cualquier abuso. El Colectivismo crea una nueva especie de propiedad: la del burócrata. La lucha por la riqueza se transforma en lucha por el poder y la desigualdad se hace más insostenible. La mejor prueba de su fracaso es que sólo puede mantenerse mediante la más cruel severidad”.

¿Cómo, entonces, ha podido producirse el fracaso del liberalismo? El mismo Lipmann da la solución: porque el liberalismo dejó de ser liberal.

V

Dejó de ser liberal, fué incapaz de defender las libertades, porque se identificó con la democracia, que es la negación de la libertad. Dificilmente una palabra evocará en los corazones sentimientos más elevados y más llenos de nobleza. Se la pronuncia con unción, con respeto religioso, y ha servido en los últimos años para distinguir los pueblos libres de los sumidos en oprobiosa tiranía. Es cierto que entre los primeros se hace figurar a Rusia, y se supone democrático al gobierno más oligárquico existente: al de Inglaterra. La afirmación formulada aparece por lo menos tan temeraria que creímos necesario citar al principio las opiniones de Emile Faguet, para no parecer irreverentes. La democracia vive de la lucha, estimula la lucha, su acción es siempre de lucha. Por eso es incapaz de crear nada útil, por eso fracasa como sistema de gobierno. Nada de lo que sale de su mano hace obra de apaciguamiento, de armonía. Es sembradora de descontento. La vida política es una perpetua y enconada agitación en que unos quieren aplastar a los otros, hasta que se convierte en guerra civil verdadera, más cruel y destructora que cualquiera con un país extraño.

Sigámosla en su vida práctica, confundida con la del liberalismo en los dos primeros tercios del siglo pasado, y que continúa informándolo, como a otras tendencias políticas, hasta el presente.

Teóricamente, como lo hemos expresado, su afir-

mación de la soberanía del pueblo autoriza el desconocimiento de cualquier derecho individual. Prácticamente, por desenvolverse dentro de luchas electorales, ha sido causa de anarquía y de opresión. Como arma predilecta emplea el fomento del descontento y el estímulo de los apetitos y de las envidias, para obtener la agitación. De esta manera se presenta en las ciudades griegas de la Antigüedad, en Roma, durante el período que va de los Griegos a Augusto, y en Italia en la época anterior y posterior al Renacimiento.

Guerras intestinas, crueldades sin fin, desaparición del sentido de la patria. Según que un pueblo griego estuviera regido por la fracción aristocrática o popular, se agrupaba con Esparta o con Atenas, tal como en Italia eran Guelfos o Gibelinos. Su propio interés se olvidaba en aras de la simpatía de orden puramente político. Igual fenómeno hemos visto en el presente. El Frente Popular Francés se hizo enemigo de Italia y de España por ser una fascista y suponérsele igual ideología a Franco, con lo cual obtuvo el refuerzo de Alemania y la formación del eje Roma-Berlín. Por antipatía a su forma de gobierno, por destruir la dinastía católica de los Hapsburgos, se despedazó el Austria, uniéndolo en una sola mano a la raza germánica. Destino de aquellas democracias: Grecia fué conquistada por los Romanos, Roma pasó a poder de los Césares y los Médicis fueron Grandes Duques de Toscana. El siglo de Pericles recuerda la dictadura de un hombre que un pueblo mediante pago mantuvo en el poder. Su brillo no es brillo de la democracia.

Volviendo a los tiempos modernos, hizo blanco de sus ataques a las formas tradicionales de gobierno y de organización social, es decir, monarquías, aristocracias,— que ya sólo existían en el nombre,— y la Igle-

sia. Como los primeros regímenes electorales eran censitarios, el ataque revistió formas adecuadas para impresionar un público de mayor cultura, apareciendo como defensa de las libertades y derechos del hombre, como supresión de privilegios, como lucha contra el oscurantismo. Ello halagaba la vanidad burguesa, que se creía llegada a un alto grado de conocimientos científicos con la lectura del Cura Meslier. Su primer triunfo fué el de la alta burguesía del dinero, y con Luis Felipe vemos aparecer sus personajes más destacados: el banquero Lafitte y Casimir Perier. Fué el predominio de la plutocracia, caracterizado por la frase de Guizot: ¡enriquecéos! Felizmente para los países, esa clase, cuyo gran defecto era la falta de una tradición de servicios a su nación, reunía cierta competencia administrativa y estaba imbuida de los principios del liberalismo económico, de manera que ese período se caracteriza por una prosperidad extraordinaria.

Pero la obra de sembrar descontento, de desatar odios, de la democracia, continuaba su trabajo subterráneo. Comenzó la acción de la pequeña burguesía, de insignificantes profesionales sin clientela que se denominaron a sí mismos intelectuales, dedicados a fomentar la rivalidad de clases, la lucha entre pobres y ricos, tan conocida por los desastres que engendró en las antiguas democracias. La extensión del sufragio permitió su triunfo. Su primera explosión fué en 1848, y luego siguió la Comuna, con su cortejo de asesinatos, incendios y destrucciones. Con mayor o menor lentitud, con reacciones pasajeras, la obra desquiciadora sigue su marcha. Es en esta etapa en la que la democracia desarrolla más ampliamente su acción, con sus dos herramientas normales: la corrupción y la exacerbación de las pasiones. Se mantiene al pueblo en agitación permanente, se le

hace creer que todo le pertenece y que es el eterno despojado, se le ofrece un paraíso con el aplastamiento de los elementos constructores, pero todo esto es sólo el medio para que el agitador obtenga lo que es objeto de sus ansias: riquezas y poder. Al gobierno de la pequeña burguesía se le llamó en Francia la República de los Camaradas. Se afirmaba en el poder manteniendo con el Presupuesto su clientela electoral, mientras el personal directivo cambiaba por dinero sus influencias políticas. Los Partidos se convierten en agencia de empleos. Pero como la demanda crece con los millares de inadaptados que la instrucción pública lanza de año en año, éstos elementos se organizan para el asalto al país. Las doctrinas socialistas facilitan admirablemente sus miras de logro, y sistematizan su explotación a fondo. La distribución de los despojos por los vencedores de las urnas electorales, de algo repugnante, ha pasado a ser una teoría que se exterioriza sin rubor. Es el saqueo organizado que se defiende excitando a su paroxismo los odios sociales. Se desencadena entonces la guerra a muerte contra los ciudadanos del propio país, y la tendencia a llevarla al extranjero contra las naciones de distinto régimen de gobierno. En esa época de desquiciamiento nos encontramos en el momento actual, que, como dice Spengler, es la consecuencia inevitable de los principios de 1789, de los cuales derivó su programa el liberalismo.

VI

Llevando en su seno el germen de la destrucción, la democracia nunca ha producido o elevado personajes en los cuales pudieran divisarse las características del hombre de Estado. Su producto es el político, el agitador y el ídolo popular. Puede decirse que son éstos, diversas gradaciones de la deformación que sufren los hombres que aspiran a figurar como elementos políticos, al adaptarse al ambiente electoral. Abandonan sus ideas, su propia manera de ser, para compenetrarse con lo que creen sentimientos de la masa, a fin de ganar su adhesión. En los primeros, su acción se desarrolla en el sentido de halagarla y de atender, sin discutirlos, sus deseos y aspiraciones. Pierden su personalidad para demostrar su interés por todo lo que un grupo numeroso pretenda, sin juzgar si es justo o injusto, si es conveniente o perjudicial. Su moral y su intelectualidad decaen por el esfuerzo de identificarse con un elemento inferior.

El agitador actúa en forma más activa. Se propone dirigir a la masa excitándola para tenerla a sus órdenes. En vez de sufrir pasivamente sus influencias, las orienta en el sentido que pueda favorecer sus aspiraciones de mando y de poder. Percibe con facilidad lo que es capaz de conmoverla y carece de todo escrúpulo para utilizarlo. Spengler lo define como un miembro de la bohemia política, en la cual marchan todos los fracasados de las profesiones académicas, los espiritualmente débiles o que sufren alguna inhibición aní-

nica. El trabajador manual es sólo el medio para sus fines privados de revolucionario profesional, y a lo que aspira es a su propia dictadura con la ayuda del proletariado, que debe satisfacer su venganza contra los más capaces, su presunción enfermiza y su hambre de poder.

El ídolo popular posee todos estos defectos en su grado máximo, cuando no es uno de tantos a quien otros capaces de manejarlo, pero que no han logrado para sí mismos una situación preponderante, lo elevan y lo empujan para mandar a través de él.

Estos tipos de individuos brotan espontáneamente en el ambiente de la democracia. Su existencia bastaría para condenar el sistema, si no abundaran otras razones para desestimarlos. Y ello se produce porque el voto nunca es el fruto de una convicción, de algo en que intervenga el razonamiento. Es la manifestación de un sentimiento, de un desagrado, de una mala voluntad. Generalmente se vota contra alguien, y el voto favorable a uno es sólo la manera de combatir al otro. El electorado carece de discernimiento. Entre Cristo y Barrabás, prefirió a Barrabás.

El verdadero hombre de Estado, un Richelieu, un Bismark, un Portales, un Manuel Montt, nunca goza de popularidad. Sólo la obtienen personajes subalternos o tarados. Los propagandistas liberales siempre han sido ineptos como elementos de gobierno. En Chile, según dice Alberto Edwards, fueron santones que sacaban su prestigio de la afirmación repetida de principios teóricos. En cuanto a los agitadores o ídolos populares, sus nombres están en boca de todos y es fácil asignarles su categoría.

El desarrollo de la acción democrática, con algún retardo, ha seguido en Chile a sus modelos, si bien con

agitaciones menos intensas. No ha existido mucha gente dispuesta a salir a la calle a hacerse matar en una barricada. Pero las etapas son las mismas y los mismos los procedimientos.

Pero sería injusto cargar a los liberales chilenos con la culpa de haberse rendido ante la democracia. La verdad es que aquí no se ha comprendido que pueda existir algo distinto de ella. Está metida en lo más hondo, como en Estados Unidos. Tal vez noventa años de vida constitucional sin alteraciones, de Portales a Sanfuentes, han influido en ese sentido. El Partido Conservador es el ejemplo más característico. El atraso de nuestras ciudades se debe a la Comuna autónoma que propició uno de sus jefes más respetados, y siguen existiendo entre sus miembros más destacados personas que verían con agrado la desaparición del país antes que la de la democracia. La juventud de todos los partidos de ideología no revolucionaria sigue haciendo continuas profesiones de su fe democrática. Este hecho debe ser tomado en cuenta si se pretende corregir los defectos de un régimen que nos tiene al borde del abismo.

VII

No consideramos necesario detenernos en una defensa del régimen liberal-económico, pues son tantas las obras del momento dedicadas a poner de manifiesto tanto sus ventajas como el fracaso de los que han pretendido sustituirle

A nuestro juicio, no es una doctrina propiamente dicha, sino sólo la explicación teórica de los métodos naturales de desarrollo de las actividades económicas, tal como funcionan cuando ninguna fuerza artificial pretende violentarlas. Los nuevos métodos tienen que imponerse y mantenerse mediante una coacción constante y violenta, y apenas desaparece, el primero renace por sí solo, como las hojas de los árboles al llegar la primavera.

Sólo conviene desvirtuar una de esas observaciones que a fuerza de repetirlas se dan por concluyentes y que nada tienen de verdad. Se acusa al liberalismo económico de indiferencia ante los sufrimientos humanos, basándose en la frase con que se le ha querido representar: dejad hacer, dejad pasar.

No se conoce con exactitud el origen de esta frase. Se la atribuye por algunos a algún economista italiano del siglo XVII, y se la supone empleada, según otros, por un comerciante francés de apellido Gournay, a principios del siglo XVIII, para obtener la supresión de ciertas restricciones comerciales. Después fué analizada y discutida por numerosos economistas, y alguno la consideró muy apropiada para señalar la tendencia de los

teóricos liberales. En el sentido de su origen puede ser tan verdadera, entonces como hoy, como expresión de la conveniencia de suprimir trabas en la producción y comercio. En el sentido de conformismo e indiferencia por las miserias humanas, no existe motivo alguna para creer que constituya un sistema que alguien pretenda defender. Si, efectivamente, hubiera alguna vez determinado una tendencia en los gobernantes para descenderse de los sufrimientos y necesidades de una parte grande o pequeña de los ciudadanos, el ataque de que ha sido objeto habría sido justo y conveniente. Pero estamos ciertos de que nunca determinó una acción o teoría de acción mantenida como tal en las administraciones de los Estados, como también de que no hay contraposición de ninguna especie entre la adopción de todas las medidas posibles de protección y mejoramiento social y los principios de libertad económica. En esta materia la acción del Estado es muy vasta, y lo que debe cuidarse es la elección de los medios adecuados para realizarla. Las legislaciones adoptadas como consecuencia de la puja por la popularidad, han producido muchas veces efectos contrarios a los pretendidos, han perjudicado la producción en daño de los mismos a quienes se deseaba beneficiar.

Y hay que precaverse, sobre todo, de las constantes intervenciones y pretendida dirección que se quiere dar a las administraciones de los Estados en la economía general. Hay que recordar que la famosa Economía Dirigida es dirigida por funcionarios que siguen instrucciones de un partido dominante, y que de ordinario carecen de la más elemental competencia para el desempeño de tan delicadas funciones. Un error de estos directores tiene consecuencias trágicas, y están más en peligro de cometerlo porque el perjuicio no recae sobre

ellos, y tienen siempre lista la manera de culpar a otros de lo que es obra de su torpeza o falta de conocimientos. En cambio, cuando el daño recae sobre el propio interesado, a nadie puede quejarse, lo que lo induce a ser prudente y a no cometer errores irreparables. Por lo demás, los elementos para formarse un juicio están tan al alcance del productor mismo como del funcionario, de manera que no hay razón alguna para suponer que la acción de éste pueda basarse en una superioridad de conocimiento de una situación determinada.

VIII

El renacimiento del liberalismo, despejado de sus errores, es hoy por hoy la esperanza, tal vez única, que puede tener el mundo de tiempos mejores. Y, por lo menos para los países americanos tendrá que desenvolverse dentro de un concepto democrático de organización de los poderes públicos. Al constituirse como Estados separados la Bélgica, Grecia, las naciones balcánicas, sólo se pensó en las personas a quienes se les daría como rey, pero nunca en asignarles otra forma de gobierno que no fuera la monarquía. Nosotros sólo tenemos la tradición republicana democrática, y hemos vivido dentro de ese concepto que ha pasado a ser algo inseparable de nosotros mismos.

Nuestro deber de liberales queda entonces perfectamente diseñado: hacer revivir las formas económicas normales, y modificar las instituciones democráticas de manera que permitan una vida libre, tranquila y ordenada.

Para lo primero debemos efectuar una propaganda intensa y constante para llevar a todos el convencimiento de que las invenciones cerebrales de nuevos sistemas económicos no han traído ningún bienestar, ninguna elevación del standard de vida, y en cambio producen diariamente problemas nuevos que esos sistemas no son capaces de solucionar.

Para lo segundo, debemos presentar un programa de reformas de nuestra organización constitucional destinada a acabar con la lucha permanente entre los ciuda-

danos, a organizar un ejecutivo suficientemente fuerte para asegurar las libertades públicas y del que puedan formar parte los más honestos y los más capaces, en vez de hacerlo patrimonio del agitador o el plutócrata, y un poder legislativo que no sea un peligro para la tranquilidad de los habitantes y reúna condiciones que le aseguren conocimientos suficientes para el correcto desempeño de sus funciones.

Sinceramente animados de ese espíritu, con la experiencia propia y ajena de los defectos de funcionamiento de las instituciones, y conociendo los peligros que entrañan los principios democráticos, no creemos obra difícil ponerse de acuerdo en la serie de reformas indispensables. Estamos convencidos de que tal obra no es para dar resultados inmediatos. El mundo, y nosotros con él, atravesamos un período de total desquiciamiento que nada permite hacer por el momento. Nuestra obra es sembrar para cosechar más tarde, y esta siembra es siembra de ideas que fructifica lentamente. En un momento en que predominan apetitos desenfrenados, pasiones exacerbadas y violencias sin control, ningún éxito puede esperarse a corto plazo. Pero quizás esas mismas circunstancias adversas contribuyan a que la semilla penetre a mayor hondura.

La observación de nuestra vida política y de la de otros países nos enseña que la forma de elección más inconveniente es la que permite o facilita la división del país en dos bandos, dentro de los cuales se insertan los elementos dispersos. En esas condiciones el proceso electoral degenera en una verdadera guerra civil y es imposible llegar a su término constitucional, por la enorme excitación de las pasiones. En las elecciones de 1920 triunfó indiscutiblemente el candidato señor Barros Borgoño, pero la pasión política llevó a un grupo de di-

putados, a impedir, no dando quorum, la culminación normal de los procedimientos constitucionales. Hubo de formarse un tribunal arbitral cuyo fallo a favor del señor Alessandri se ha justificado por los temores de perturbación revolucionaria, ya que jurídicamente es indefendible. A fines del año pasado, el país tomó nota con estupor de que el General en Jefe del Ejército expresaba que no debían llevarse adelante las reclamaciones sobre el acto electoral del 25 de Octubre, presentadas por el candidato señor Ross, ante el Tribunal que la Constitución establece, cuya composición, por lo demás, ofrecía las más amplias garantías a la corriente favorable al señor Aguirre Cerda, y de que el Jefe de Carabineros, sustituyéndose a la autoridad constitucional, daba por triunfante al último. Como en la elección del año 1920, esta actitud seguramente obedeció al temor de agitaciones que se trataba de producir para presionar al Tribunal Calificador y al Congreso, en el caso de que las reclamaciones pudieran ser fundadas.

En este sentido, la Constitución de 1925, agravó las condiciones de la elección presidencial, creando el Colegio único, y, todavía, abandonando el criterio de la población real para substituirlo por el de la población inscrita en los registros, con lo cual dió manifiesta preponderancia a las zonas industriales o de agrupaciones urbanas, que tienen mayor porcentaje de inscritos. El triunfo del señor Aguirre Cerda se debió a la votación de Magallanes, cuya población total de poco más de treinta mil habitantes, tenía un veinte por ciento de inscripción, contra un término medio general que no excede del once.

En cambio, el sistema francés de elección, ha asegurado a aquel país mayor estabilidad, ha permitido que el Presidente elegido sea siempre un hombre de cri-

terio y competencia, y no ha fallado en medio de situaciones de excepcional gravedad.

La generación del Senado necesita también ser modificada para que pueda siempre reunir un personal apto, en el cual estén representados todos aquellos elementos que contribuyen efectivamente a la buena marcha del país, alejados de ordinario de las pasiones políticas de los partidos.

En cuanto a la Cámara política, no habría razón para alterar su forma de elección, pero sí, sus facultades, a fin de que no siga siendo perturbadora de los gobiernos, fuente de despilfarros, y tribuna de agitación.

Pero la gran obra del liberalismo está en su función educadora del ambiente del país. Sabemos perfectamente que la apreciación teórica, filosófica, de los derechos del individuo, dará siempre margen a discusiones interminables. Cada uno opta por el derecho que cree convenirle, y olvida los otros. Todavía, de muchos puede decirse que son contradictorios. Pero no puede existir duda de que ciertos principios no han podido ser abandonados sin grave daño social, y sin que la humanidad vuelva en breve tiempo a levantarlos. Encuéntreseles o no fundamento filosófico, es el hecho que no pueden dejar de imperar impunemente. Patria, familia, propiedad, garantías de libertad, especialmente para las actividades normales de la vida, no puede existir sociedad culta y ordenada que pueda prescindir de ellas. Para que marchen, asegurando a la sociedad sus beneficios, debe rodeárseles de algo indispensable: su reconocimiento respetuoso por todos y cada uno. Empleando una palabra de moda, podríamos decir que el liberalismo debe crear un clima nuevo, en vez del actual de violencias.

despojos y atropellos. El liberalismo es cultura, es civilización, es educación.

Hay que hacer comprender que no puede haber libertad sin aceptar desigualdades, como no puede imponerse la igualdad sin suprimir la libertad. No puede inyectarse la sífilis a los sanos, porque haya sifilíticos, como no puede extirparse a los inteligentes porque la masa sea compuesta de mediocres. Y también que la marcha ascendente de la humanidad se debe a unos pocos espíritus superiores cuya acción ha sido más decisiva que la de los millares de millones que han habitado la tierra.

En el ciclo de la sucesión de los regímenes de gobierno, que hace dos mil trescientos años estableciera Polibio, nos encontramos hoy en el período que llama de la olocracia, del cual es difícil salir sin una dictadura. Es improbable que las instituciones democráticas sean capaces de corregir sus propios vicios. Francia lo ha intentado otorgando poderes extraordinarios al Gabineté Daladier, independizado de la tutela de los partidos extremistas, sin que nos sea posible apreciar su resultado, a causa de la guerra nuevamente desencadenada. Esperemos nosotros salvar esa etapa, y si fuera inevitable, por lo menos la acción del liberalismo podrá orientar sus tendencias y preparar tiempos mejores.

“El Estado Liberal, dice un autor moderno, no debe ser concebido como una providencia terrestre encargada de administrar la civilización. La idea de que hombres, por vía de autoridad, pueden planificar e imponer la felicidad de una sociedad, la considera una pretensión ignorante e impertinente. Semejante idea sólo puede alimentarse por individuos incapaces de darse cuenta de la variedad infinita de los fines humanos, que no apre-

cian las posibilidades del esfuerzo humano o que no quieren respetarlos. Las ambiciones del liberalismo son más modestas que las de la autoridad, pero sus perspectivas son más hermosas. Hace fe en el desarrollo de las facultades latentes del hombre, determinadas por sus libres relaciones. Se esfuerza por protegerlo contra la arbitrariedad, y no en dirigirlo arbitrariamente. Confía los destinos de la civilización no al político aislado, sino al genio de la humanidad. Es una visión más grandiosa que la de aquéllos que pretenden ser Césares y hacerse adorar como tales. Es una esperanza engendrada en el corazón humano, en el curso de largos siglos, durante los cuales el lento caminar de la civilización ha luchado contra la barbarie para conseguir su libertad”.

* * *

Santiago, octubre de 1939.